

Tomás Downey

# ACÁ EL TIEMPO ES OTRA COSA



PRIMER PREMIO  
FONDO NACIONAL  
DE LAS ARTES.  
CUENTOS

# INTERZONA



**ACÁ EL TIEMPO ES OTRA COSA**





Tomás Downey

# ACÁ EL TIEMPO ES OTRA COSA



**INTERZONA**

## LOBOS

La primera parte de la mudanza fue pesada. Los mismos muebles que habían venido de Lobos hacía todos esos años, ahora volvían. Habían sido de la abuela y no pude convencer a mamá de venderlos. Ni siquiera los necesitaba, y seguramente no hubiese lugar para meterlos en la casa de la tía; ya bastante iban a tener la una con la otra. Los peones tardaron toda una mañana en cargar el camión. Yo ayudé con lo que pude. Quedarme quieta, mirándolos trabajar como una inútil, me ponía nerviosa.

Después salimos a la ruta. Mamá y yo viajamos en la cabina del camión. El parabrisas era enorme, como una pantalla de cine, y el conductor no hablaba. Mamá tampoco, supongo que no podría dejar de pensar.

Hacía muchos años que yo no iba a Lobos, desde aquella Navidad. Las peleas por el cierre del restaurante habían quedado atrás. Mamá y papá parecían haberse amigado, o al menos no se hacían tanto drama. La tía llamaba seguido a casa, pero solía hablar con nosotras, con mi hermana y conmigo. Con mamá creo que se evitaban, y con papá no sé. Pero esa vez se pusieron de acuerdo y decidieron pasar las fiestas juntas. A mí me parecía pésima idea, pero mamá se había encaprichado. No paraba de repetir que no podía ser que hubiese pasado dos años sin ver a su hermana. Papá se hacía el difícil pero también quería ir, se le notaba desde lejos. Llegamos el veintitrés a la noche y todo estuvo bien hasta la tarde siguiente.

Papá salió con la tía Julia a hacer compras y cuando volvieron ella tenía los ojos hinchados, el maquillaje corrido. Yo estaba leyendo en el jardín y por la ventana vi a mamá gritándoles algo que no llegué a escuchar. Entré a la casa y me dijeron que nos íbamos. La tía se había encerrado en su cuarto y se la escuchaba llorar a través de las paredes. Me mandaron a buscar a mi hermana y bajé hasta la laguna en la bicicleta de la tía.

En la otra orilla, dando toda la vuelta, estaba el Fiat 128 rojo de Nicolás Villegas. Tardé media hora en llegar hasta allá, y no me importó que estuviesen cogiendo. Les golpeé la ventanilla. Mi hermana levantó la cabeza y me miró apretando los dientes. El tarado de Villegas sonrió con cara de perversito. Andate, me dijo mi hermana. Y yo le contesté que nos íbamos todos, que volvíamos a Buenos Aires. La puta madre, murmuró. Estaba sentada sobre Villegas, apretada entre su cuerpo y el volante, en ese auto minúsculo. Sobre el asiento del acompañante estaba su bombacha. Me preguntó qué pasaba. Que nos vamos, le dije. Me di vuelta y empecé a pedalear. Me alcanzaron a mitad de camino y metimos la bicicleta a medias en el baúl del auto. Tuve que ir todo el viaje agarrándola.

La ruta estaba vacía, llegamos bastante rápido. La casa de la tía estaba igual, solo que todo era un poco más viejo. La bicicleta amarilla, oxidada, descansaba contra una pared. Ella salió a recibirnos y se dio un abrazo frío con mamá, las dos estaban incómodas. Los peones empezaron a bajar cosas del camión. Ayudé con lo que podía. Los muebles eran muy pesados.

La mitad quedó en la galería porque no había más lugar. Después de estar todo el día trabajando, comimos algo liviano y nos fuimos a dormir. La tía me ofreció compartir la cama, porque la de mamá era de una plaza, pero preferí el sillón. Me quedé escuchando los ruidos de la noche, los insectos y los muebles viejos que crujían por la humedad que subía desde la laguna, hasta que se me cerraron los ojos.

A la mañana desayuné con la tía. No puedo creer que tengas canas, me dijo después de pasar un rato largo calladas. Mamá no se despertó hasta el mediodía. Tenía ojeras y le molestaba la luz.

Estuve desembalando paquetes y acomodando muebles con ellas dos hasta las cinco de la tarde. El silencio era insoportable. Después me fui hasta la laguna en la bicicleta de la tía. Me llevé mis libros y una botella de agua. Pasé por la puerta de mi antiguo colegio. El jardín estaba cuidado y tenía flores. En mi época era un manchón de tierra seca que levantaba polvo cada vez que había viento. El resto estaba igual.

Me senté a leer en un banco, en la orilla. A unos metros había un grupo de cinco chicas tomando mate, sentadas sobre el pasto. Una de ellas estaba embarazada. Tenía el pelo corto, a la altura de los hombros, negro; una musculosa blanca que dejaba asomar el ombligo y una panza de seis o siete meses. Cada tanto me miraba, la sentía de rojo y me costaba concentrarme en lo que estaba leyendo. En un momento levanté la vista y nos miramos a los ojos. Ella se paró y vino hacia mí. ¿Mariela?, preguntó. Asentí. Yo no me acordaba de ella. Era muy linda, tenía ojos verdes y manos chiquitas, como de nene. Soy yo, Luisa. Luisa Pellegrini. Del Normal. No me acuerdo, le dije. En tercer grado te sentabas atrás mío, yo tenía rulos. Entonces me acordé. La cabeza repleta de rulos cerrados, casi un afro. Luisa, la muñeca.

¿Qué te pasó en el pelo?, pregunté. Ella sonrió. No sé, se me alisó con el tiempo. Le miré la panza. Estoy de treinta semanas, me dijo, y se pasó una mano por la parte de abajo, como sosteniéndose.

Yo tenía un libro abierto entre las manos y otro sobre el banco. Los miró con curiosidad y le expliqué que estaba preparando mi tesis. Los cerré, los apilé en una punta y me corrí para dejarle un lugar. Luisa espío a las amigas, dudando. Algunas miraban de costado, pero la más gorda, bien rubia, con el pelo largo hasta la cintura y ojos muy azules, una valquiria, me clavaba los ojos sin ningún pudor.

Luisa suspiró y se sentó conmigo. Son celosas. La vida de pueblo.



Hablaba bastante, Luisa, pero me gustó escucharla. Tenía la voz suave. Se acordaba mucho de mí, dijo, porque se acordaba del restaurante que habían tenido mamá, papá y la tía. Todo Lobos comía ahí en una época. Y mi hermana y yo, parece, éramos un poco famosas por ser hijas de los dueños y por haber nacido en Capital.

También se acordaba de cuando nos fuimos, de cuando volvimos a Capital y cerramos el restaurante. Yo tenía doce años. Habían abierto lugares nuevos en la avenida, lugares con espejos, televisores, mucha luz. Era lo que estaba de moda y todo el público se había ido para allá. Igual el restaurante podría haber sobrevivido, pero ahí quedó claro que mamá, papá y la tía estaban esperando una excusa para pelearse.

Volví de noche. La tía Julia dormía y mamá estaba en la cocina. Le pregunté si había comido y me dijo que no tenía hambre. Abrí la heladera y saqué un plato de fideos fríos. Me los comí ahí parada, mirándola. Tomaba un mate tras otro mientras seguía los dibujos del mantel con la punta del dedo.

A la mañana nos pusimos a acomodar muebles y a decidir qué se quedaba y qué se iba. Mamá no quería resignar ninguna de sus cosas y trataba de ubicar la mayor cantidad posible. Los peones habían dejado el vajillero en el centro del comedor. Era enorme. Tratamos de moverlo, pero fue imposible. La tía Julia no se quedaba quieta. A pesar de su edad tenía bastante fuerza y me ayudaba cuando algo era demasiado pesado. Cada tanto caminaba hasta la puerta, miraba todo el comedor con un paneo, y asentía, o torcía la cabeza. Las dos tenían un carácter difícil y parecían estar midiéndose, a sí mismas y a la otra; como si se hubiesen prometido tener paciencia sin creérselo demasiado. Estaban aguantando porque ninguna de las dos quería explotar primero.

Les dije, como pensando en voz alta, que me parecía que iban a tener que deshacerse de algunas cosas. Que la casa estaba un poco sobrecargada. Me miraron para no mirarse entre ellas. La tía asintió

y mamá dijo que a ella le resultaba cálido, que le gustaban los ambientes cargados, y que sus muebles eran todos de madera y eso le daba buena energía. ¿Energía?, pregunté. Mamá nunca hubiese usado esa palabra para referirse a algo que no fuese la electricidad, o a algún combustible. Me miró a los ojos y asintió. Para limpiar va a ser imposible, murmuró la tía.

Me bañé, le pedí la bicicleta a la tía y me fui con mis libros. Paré en la puerta de la heladería en la que trabajaba Luisa y la vi a través del vidrio. Tenía una gorra con visera, un delantal blanco sobre la panza enorme y ojeaba una revista al lado de la caja. Tenía la cabeza ladeada y la punta de la lengua asomando entre los labios. Me quedé observándola un minuto o dos, espionando su intimidad, los movimientos y muecas que hacía creyendo que nadie la miraba. Después empecé a pedalear de nuevo y bajé hasta la laguna. Estuve leyendo y tomando notas hasta las siete de la tarde.

La tía arrastraba muebles por el comedor, tratando de juntarlos lo más posible para liberar un poco de espacio. La ayudé durante un rato, pero daba la sensación de que estábamos desplazando todo en círculos. Una de las mesitas de mamá quedó en la galería porque bloqueaba el pasillo. Cuando ella volvió de su caminata la vio afuera y sin decir nada la levantó, la puso en el lugar de donde la habíamos sacado y se metió en el baño. Se dio una ducha de casi una hora. Salió con el pelo a la altura de los hombros. Te lo cortaste, dijo la tía. Mamá sonrió. Yo me puse a preparar la cena.

Venía en la bicicleta y me encontré a Luisa caminando por la calle. Hacía mucho calor y estaba muy pálida. Iba con el cuerpo inclinado hacia atrás, como si tuviese miedo de caerse de cara al piso.

Llevaba la gorra y el delantal de la heladería. Le había salido un grano en la frente y estaba toda transpirada. La habían mandado a la casa. Una descompostura, dijo.

La acompañé caminando. Vivía a menos de diez cuadras de lo de la tía. Cuando abrió la puerta escuché un televisor. ¿Está el papá?, pregunté. Mi papá está muerto, dijo, y me miró raro por un momento. Pero enseguida abrió la boca, se señaló la panza. Ah, el papá. Se rio y sacudió la cabeza. No hay papá, vivo sola. Dejo la tele prendida porque no me gusta entrar a una casa en silencio. Pasá, hacete un mate, o abrí la heladera y sacá lo que quieras. Yo tengo que ir al baño. Le pregunté si necesitaba ayuda. Ella levantó una mano y sacudió la cabeza. No, por favor, quedate lejos.

La cocina daba a un patio de tierra. Abrí la puerta para dejar entrar un poco de sol, preparé mate y me senté a leer hasta que Luisa salió del baño. Estaba en bata y con el pelo mojado. Le había vuelto el color a las mejillas. ¿No tendrías que ver a un médico o algo?, le pregunté. No, me dijo. Es el calor, me baja la presión.

Le dije que se sentara y con lo que tenía en la heladera preparé una ensalada. Tomate, pepino, apio, manzana, queso. Me habló de algunos compañeros y compañeras de colegio de los que casi no me acordaba. Las caras y los nombres se me mezclaban. Algunos se habían ido a Buenos Aires, o a Rosario. Otros se habían quedado. Un chico que se llamaba Martín Alfonso se había suicidado a los quince años, ahogándose en la laguna. Otro que se llamaba Lucas Urruti era un músico muy famoso. Le dije que no me sonaba y me explicó que se había cambiado el nombre, pero no sabía cuál era el nuevo. Urruti no suena bien, es muy largo y tiene muchas úes. Trató de tararear el estribillo de una canción que según ella pasaban todo el tiempo en la radio, pero no me sonaba.

Lavé los platos y la acompañé a la cama para que se acostara un rato. Ella me pidió que me sentara a su lado. Apoyé la espalda en las almohadas y cerré los ojos. Cuando los abrí había pasado casi una hora. Luisa estaba sentada con la panza al aire, dibujando círculos alrededor del

ombbligo con su dedo índice. Me miró. Va a ser una nena, dijo. Pestañeé un par de veces y me incorporé un poco. Tenía la boca seca. Se va a llamar Clara, o Ana, o Laura. No sé bien. Me gustan los nombres con *a*.

Mamá leía una revista en el jardín y la tía Julia preparaba la cena. Para pasar de la puerta a la cocina había que caminar de costado entre una mesa y una pila de sillas. La tía me preguntó adónde había estado y le dije que con una excompañera de primaria. ¿Quién? Luisa, le respondí, no me acuerdo el apellido. Pellegrini, dijo, la que está embarazada. Asentí y ella puso cara de circunstancia. Pobre chica. El novio se le murió en un accidente con la moto, y a los dos días se enteró de que estaba embarazada. Ah, no sabía, dije. Y encima tiene que trabajar en esa heladería. ¿En la heladería?, preguntó, y se le cayó el cuchillo con el que picaba cebolla. Rebotó de punta justo al lado de su dedo meñique y aterrizó plano sobre el piso. La tía lo miró y después levantó la vista. Sí, en la heladería le dije, ¿por qué? Por nada, me contestó, solo que no la vi nunca en la heladería, pero no importa. Preguntaba nomás.

Mamá leía en una reposera, afuera. La miré a través de la ventana. Estaba debajo de una de las lámparas del jardín. La noche estaba oscura y el farol tenía poca potencia. Se la veía rodeada por una esfera de luz tímida que se difuminaba hacia los bordes y se perdía en un negro profundo. Hubiese sido una buena foto. Es muy linda esa chica, dijo la tía. ¿Qué?, pregunté. Pellegrini. Luisa. Es muy linda, podría haber hecho cosas. A la gente así de linda siempre le va bien.

Enchufé mi celular. Tenía seis llamadas de papá y una de mi hermana. Le saqué un cigarrillo a la tía y salí a la vereda. Primero hablé con él. Tenía tos. Dijo que el aire acondicionado del hotel en el que paraba estaba siempre andando y que su habitación era helada. Le

pregunté por qué no se volvía al departamento, al menos hasta que lo vendieran. Respondió que no, que era de mamá y no quería deberle favores a nadie. La idea era alquilar, pero estaba trabajando en el restaurante de un amigo que recién abría, por ahora estaba en negro. La plata la tengo, voy y se las muestro, no sé qué más quieren. Y haciéndose el distraído agregó: no te voy a preguntar cómo está tu mamá, no me interesa. Dije que bien, que no se preocupara.

¿Y cómo se está llevando con tu tía? Eso es más difícil, admití. No pueden estar solas en la misma habitación por más de dos minutos. Pero ya se irán acostumbrando. O tal vez mamá se arrepienta y busque otro lugar. O quizás la eche la tía. Lo que pase primero. Papá tosió. Andá a ver a un médico, le pedí. No, mi amor, es una alergia nada más. Te llamo en unos días.

Mi hermana estaba en el cine y me atendió susurrando. ¿Qué pasa? Te estoy devolviendo el llamado, dije. De fondo se escuchó un chiflido. ¿Cómo está mamá?, contame rápido. Otro chiflido, murmullos. Está bien, o al menos no está tan mal. ¿Y cómo se está llevando con la tía? “El celular, señora”, dijo una voz de hombre muy cerca del teléfono. ¿Señora?, preguntó ella. Dejame en paz y mirá la película, corazón. Llámame después, dije yo. No, dejá, contame. No se hablan, le expliqué, casi que no se miran. No sé para qué vino mamá. Bueno, son hermanas, ya se van a entender..., llegó a opinar antes de que los chiflidos le taparan la voz. La puta madre, te llamo después. Histéricos de mierda, la escuché gritar antes de cortarme.

Al día siguiente pasé por la heladería y como Luisa no estaba fui para su casa. Me abrió la puerta despeinada, con cara de dormida. Me dio un beso en la mejilla, tenía los labios fríos. Ya estoy mejor, pero no dormí en toda la noche. No tenía ganas de ir a trabajar. Los hijos de puta me pagan por el día, así que les da lo mismo si voy o no. Si faltó atiende uno de ellos y de paso se ahorran unos pesos. Cuando tenga a María, o a Juana, voy a dejar de trabajar por un tiempo. Tengo una

plata guardada para tirar unos seis meses, quizás un poco más. Y por suerte heredé esta casita. Después veré.

Nos quedamos un rato calladas. Después me contó la historia del novio, que en realidad no había sido su novio sino un chico del pueblo con el que cogía cada tanto. Se patinó con la moto en una curva, un día de lluvia. Yo estaba de ocho o nueve semanas. El tarado iba sin casco y se abrió la cabeza al medio, dijo Luisa con cara de bronca. Yo ni siquiera lo quería demasiado, era lindo, y a veces era divertido, pero era un poco estúpido. Todo el día con la moto, lustrándola, dándole al trapito. Dejarme embarazada y partirme la cabeza contra el pavimento, ¿qué necesidad?

¿Y vos?, me preguntó. Yo, nada, dije. Y me miró a los ojos. Primero fue un momento, algo insignificante; pero pasaron unos quince segundos, o cuarenta, no sé. Y un poco más. El labio inferior le temblaba, bien rojo, como pintado sobre la piel blanca.

Mamá y la tía me esperaban para cenar. El comedor me ahogaba, estaba demasiado cargado de muebles. El vajillero seguía en el centro. Después de comer traté de moverlo una vez más. Ellas me ayudaron. Pero el mueble permanecía fijo sobre el piso, indiferente a la fuerza con la que empujábamos. Necesitamos un hombre, dije. La tía se puso a levantar la mesa y lavó todo en silencio. Mamá no le sacó los ojos de encima en ningún momento. Yo me quedé leyendo en el comedor por miedo a que se agarraran de los pelos.

Al rato la tía se fue a acostar, ni bien se escuchó la puerta cerrándose mamá se largó a llorar. Le preparé un té y me senté con ella, pero no paraba. Traté de hablarle y nada. Terminó poniéndome nerviosa. Agarré mis libros, me subí a la bicicleta y me fui.

Luisa me agarró la mano y la puso sobre su panza. Me resistí un poco, pero después aflojé y apoyé las yemas de los dedos sobre la

piel estirada. La beba, adentro, se movía. Pateaba despacio. Mariana, Agustina, Matilda. O Mariela, dijo mirándome a los ojos. Estábamos en la cama. Dejamos la ventana abierta para que entrara la brisa. Las cortinas floreadas se inflaban con el viento y había olor a tierra mojada. Con la palma de la mano, rodeándolas, sentí sus tetas. Estaban duras.

Nos despertamos tarde, cerca del mediodía. Había llovido toda la noche y ahora hacía frío. Estiré una mano para agarrar las sábanas, enredadas entre nuestras piernas. Le tapé la panza y nos quedamos en la cama un rato más. Tenés aliento a muerta, le dije después de un rato. Luisa se rio y fue a lavarse los dientes.

Mamá me preguntó qué iba a hacer, hasta cuándo me pensaba quedar. Estaba preocupada por mi trabajo. Si necesitan que vuelva me llaman, mamá. Por ahora se las arreglan sin mí. La campaña fuerte del año ya la sacamos el mes pasado y por ahora la seguimos difundiendo. No me necesitan para mandar *mails* o repartir folletos en las marchas, le expliqué con bronca. Ella asintió.

Llamé a mi hermana y le pregunté cómo estaba papá. Ni idea, no lo veo hace dos semanas, o más. ¿Y vos qué hacés allá todavía?, ¿cuándo pensás volver? No sé y no te importa, le dije. ¿Te encontraste con alguien del colegio? Sí, una amiga de primaria. Luisa Pellegrini.

Luisa... No me acuerdo. ¿Y es linda? Sí, es linda, admití. Mi hermana se rio: sos bastante puta. Me quedé callada, dudando entre sonreír o enojarme; incómoda porque siempre me ponía en esas situaciones. Sabés que esa palabra no me causa gracia, y menos como la usas vos, contesté. Además, si alguna de las dos es una puta claramente no soy yo. Bueno, no te enojés, hermanita. ¿Y a Nicolás Villegas no lo viste por ahí? ¿Sigue estando tan bueno? No, respondí, y nunca estuvo bueno.

Pasé por la heladería donde trabajaba Luisa y me senté en una de las mesas a tomar un helado y a leer. Al rato vi a la tía entrando al hotel que estaba enfrente, tenía un pañuelo envolviéndole la cabeza y anteojos negros. Pero era ella. Me quedé leyendo y charlando con Luisa. Unas dos horas después la vi del otro lado de la puerta de vidrio del hotel. Nos estaba mirando. Cuando me vio levantar la cabeza se escondió. Yo me di vuelta y le pedí a Luisa que me dijera si una mujer con un pañuelo en la cabeza salía del hotel corriendo. Pasaron treinta segundos. Ahí va, me dijo. ¿Quién es?

La acompañé a su casa y le expliqué un poco por dónde venía la mano, aunque yo tampoco lo entendiese demasiado. Ella me escuchó en silencio, atenta. Complejo, admitió cuando terminé.

Pasamos por la carnicería y compramos unos bifés que hice a la plancha, bien jugosos a pedido de Luisa. Comimos en la cama, viendo la televisión. Ella se quedó dormida. Después de levantar las bandejas y lavar los platos, la ayudé a desvestirse y la tapé con la sábana.

En la heladera había una botella de cerveza. Me la tomé en el jardín. Pasó una hora y seguía sin tener sueño. Luisa dormía destapada y con la boca abierta. Su panza era enorme, y adentro había algo que estaba vivo y que era ella, pero también otras cosas. Me acosté de madrugada, serían como las cuatro. Luisa se despertó por el ruido y me miró. Me asusté, dijo. Estaba teniendo una pesadilla.

La abracé y le sentí la piel, estaba caliente. Tenés fiebre, dije. Me contestó que no, al parecer era normal. Le busqué la boca en la oscuridad. Estaba tocándola cuando sentí a la beba pateando. Me dieron ganas de llorar pero me mordí los labios. Luisa tuvo un orgasmo chiquito y me besó el cuello. Se quedó dormida al minuto. Yo estuve leyendo hasta que salió el sol.

Pasé casi todo el día en la heladería, escondida detrás de una columna. Luisa me avisaba cada vez que pasaba la tía. Entró al hotel a las doce, salió a la una y media, volvió a los quince minutos con una



bolsa de supermercado y se quedó hasta las cinco de la tarde. A las seis crucé la calle y pregunté el precio de una habitación. El tablero con las llaves estaba casi lleno. Solo faltaban algunas en el cuarto piso, unas pocas en el tercero y una en el segundo.

La chica del mostrador estaba con la computadora. Ni me miró. Me dijo los precios, le agradecí y fui hasta las escaleras. Subí hasta el cuarto piso y llamé a papá. Sonó tres veces. Estaba durmiendo la siesta, hija, murmuró. Caminé por el pasillo ida y vuelta, escuchando, y bajé al tercero. Le pregunté cómo estaba de la tos, si había visto a mi hermana, cómo le estaba yendo al restaurante. Del otro lado de la puerta de la habitación 303 escuché su voz. Golpeé. Él me dijo que lo esperara un segundo y me abrió en calzoncillos.

Cenamos en el bar del hotel. Papá no había salido de la habitación en cinco días. Pedimos dos botellas de vino. Él tomó una y media y yo la otra mitad. Me preguntó cuándo me pensaba volver y le dije que en un par de días, que podíamos volver juntos. No sé, me contestó. Tal vez me quede. ¿A vivir, acá en el hotel?, dije, ¿o en algún momento te pensás mudar con mamá y la tía? Él se quedó callado, mirando su plato. ¿Me estás cargando?, pregunté. Julia me dijo que necesitaban ayuda para mover un mueble. Tal vez puedo pasar, después... no sé, susurró.

Papá, no vas a ir a esa casa, dije. La voz me salió mordida, como si estuviese enojada. Pero no estaba enojada, que hicieran lo que se les cantara. Solo quería prevenir el desastre porque después era a mí a quien llamaban para que intercediera. Se lo dije. Él tomó un sorbo de vino. Puede ser, admitió con cara de aburrido; como cada vez que sentía que lo estaban retando.

Le había prometido a Luisa que después de cenar pasaba por la casa. Se había hecho tarde, pero fui igual. La luz de la cocina estaba prendida.

¿Disfrutaste el libro que comenzaste a leer?

Podés adquirirlo en [www.interzonaeditora.com](http://www.interzonaeditora.com) y en cientos de librerías.

Gracias por apoyar con tu lectura y recomendaciones este proyecto editorial.

**interZona** es una editorial literaria independiente fundada en Buenos Aires en 2002 que se ha convertido en uno de los espacios de publicación más innovadores y reconocidos de Latinoamérica por la diversidad de autores y de títulos que publica.

En **interZona** verán reunidos a escritores noveles con otros ya consagrados; a los de habla hispana con los de otras lenguas; a los poetas con los ensayistas, los dramaturgos y los novelistas; en suma, a todos aquellos que hacen posible una conversación de voces múltiples, desprejuiciada, vivaz, arriesgada, pero siempre orientada por el estilo y la marca de calidad con la que intentamos perfilar nuestra línea editorial.

# INTERZONA